

Danubio, hizo sentir su beneficiosa influencia en las provincias limítrofes. La Mesia había quedado inculta y despoblada; pero al atravesarla hubo de dejar caer en su seno la civilización algunos de los gérmenes de prosperidad que llevaba a la Dacia (1). Raciara (Arzar-Palanca), *Viminacium* (Kostolacz) y Nicópolis, que conserva aún su nombre, compitieron en prosperidad con las antiguas ciudades griegas de la costa, Tomi (Kustendje), y Odeso (Varna). Antes de un siglo, la orilla derecha del Danubio estará cubierta de ciudades. Widdin, Sistova y Nicópolis, sus más grandes ciudades, son de origen romano, y de estas regiones en otro tiempo bárbaras, saldrán los últimos defensores del imperio.



Mesia Superior. Moneda de Viminacium (2)

La Tracia tenía mala fama: se la llamaba madre de las más temibles naciones, y Claudio, por eso, la había sometido a doble vigilancia. En efecto, había hecho de ella una provincia administrada por un procurador (46) y había subordinado este procurador al gobernador de la Mesia que estaba siempre al frente de fuerzas considerables.

La vida romana se desarrolló allí poco; no se contaban en Tracia más que tres ó cuatro colonias; pero en las costas y a lo largo de la gran vía militar, que se extendía de Anfípolis á Bizancio, había muchas ciudades griegas. Obedeciendo á un movimiento, que desde aquella época arrastraba al imperio hacia el Oriente, Vespasiano, Trajano y Adriano habían fundado allí muchas ciudades y ampliado otras, como Trajanópolis (Orikova?), Plotinópolis (?) y Andrinópolis, cuyo emplazamiento se eligió tan bien que ha quedado desde entonces como una de las mayores ciudades de Europa.

Como en la Dalmacia, no se encontraban ciudades en el interior de la Tracia. Los romanos, sin embargo, habían agrupado sus dispersas poblaciones en *estrategias*; grosero bosquejo de la vida municipal. Antes de Plinio el Antiguo, se conocían cincuenta; Tolomeo no encontró más que catorce; prueba del progreso de la vida urbana en aquella región (3). Hemos visto producirse el mismo hecho en España, y pudiéramos registrarlo en todas partes: Pérgamo tenía ciento veinte mil habitantes; Cesarea de Capadocia cuatrocientos mil.

## II. — ITALIA Y GRECIA

El difícil trabajo de asimilación que era el objeto y aun la vida misma del imperio, y debía ser su justificación ante la historia, adelantaba en el valle del Danubio, menos rápidamente sin duda que en el valle del Rin, porque las poblaciones eran allí más diversas y bárbaras; pero bastante aprisa también para que se tuviera el derecho de esperar que el Ilírico cubriera eficazmente á Italia y Grecia contra las invasiones de los bárbaros del Norte.

Una y otra necesitaban contar con este antemural como quiera que las dos, viejas reinas del mundo, se sentían ya faltas de fuerza y de vida. Objeto del respeto perseverante de los pueblos, veían sin embargo embellecerse aún sus capitales: Adriano acababa de construir en Atenas el tem-

(1) La Mesia formó, á partir del reinado de Domiciano, dos provincias separadas por el Cibro (Cibritza).

(2) P. M. S. COL. VIM. (Provincia Mesiae Superioris Colonia Viminacium). Mujer de pie entre un león y un toro. Bronce.

(3) Plinio, *Hist. nat.* IV, 40; Tolomeo, III, 11, §§ 8-10.

plo de Júpiter y los Flavios y los Antoninos habían hecho de Roma la ciudad de las maravillas. Pero ¿adónde encontrar las fuertes poblaciones que por medio de las armas ó el pensamiento les habían sometido el universo mundo? Si se exceptúa Roma, adonde acudían todos los mendigos de Italia, la Etruria meridional (4) que revivía merced al orden y á la paz, y algunas ciudades situadas en el camino de Brindis que conduce al Asia, en el de Aquilea que conduce al Danubio, ¿qué hay fuera de las vías Flaminia y Apia? El desierto se extiende más y más. Para una ciudad que prospere ¡cuántas y cuántas decaen! Capua, Otricoli, Tuder, Rímíni, Bolonia, Verona y Pola construyen, sin embargo, anfiteatros cuyas ruinas nos admiran; Ferentino, un teatro; Benevento, Ancona, Rímíni y Susa arcos triunfales que permanecen todavía en pie (5). Gabio debe á sus aguas sulfurosas renacer más rica que antes; habiéndose encontrado en sus ruinas, entre muchas obras maestras, una de las más bellas estatuas de la antigüedad, la Diana, que lleva su nombre. Pero la Magna Grecia, la región central y sus mil doscientas ciudades de que hablan los antiguos, ¿qué han venido á ser?

Se ha encontrado una piedra sepulcral, en que hay grabada la figura de un león, y más bajo el nombre de un soldado italiano: nada más. Tal será pronto Italia; sepulcro vacío, pero encima una grande imagen.

Conocido es el triste cuadro que hace Columela de los campos de Italia un siglo apenas después de las *Geórgicas* de Virgilio; á pesar de su apremiante llamamiento, pocos fueron los que volvieron al arado y la propiedad grande continuó en pugna con la pequeña. Pero ¿por qué esta nueva constitución de la propiedad no había, á lo menos, salvado la agricultura italiana y producido en la península la revolución feliz que el mismo hecho produjo luego en Inglaterra? Porque aquí los landlores hubieron de rechazar con sus tarifas, durante mucho tiempo, la concurrencia de los trigos extranjeros, mientras la política obligó á los emperadores á entregar el mercado italiano á los que importaban los trigos de Africa, de Cerdeña y de Egipto.

Inglaterra, por otra parte, tiene tres fuentes de riqueza: la industria, el comercio y la agricultura, de que su aristocracia saca gran provecho, porque después de haberlas



Moneda de Nicópolis ad Istrum (6)

(4) Canina, *Ann. dell'Inst.* 1837, p. 62, y Dennis, *Etruria*, I, 204-210. En cuanto á la prosperidad de la Etruria en tiempo del imperio, véase nuestro capítulo LXV. En el campo romano, no de todas aquellas féculas llanuras era expulsado el cultivador por la *malaria*, combatida aun en algunos parajes por los trabajos de canalización subterránea de los antiguos habitantes. La insalubridad se produce allí por numerosos depósitos de aguas estancadas á poca profundidad en el suelo mismo de Roma y de su campiña y de las cuales se desprenden, bajo un sol abrasador, ciertos parásitos, *bacilli malariae*, tan numerosos que el labrador puede recoger algunos en las gotas de sudor que cubren su rostro. Puede sustraerse á su influencia desde un punto elevado sólo algunos metros de estos remansos subterráneos, cuyas aguas no pueden filtrarse en un fondo impermeable. Por eso los romanos habían desecado el suelo con galerías subterráneas; una de ellas, descubierta en nuestros días y puesta en estado de funcionar, ha desecado las tierras vecinas dando salida á las aguas estancadas. V. Tommasi Crudelli, *Sobre la distribución de las aguas en el subsuelo de la campiña romana* (Mem. de la Acad. de los Lincei, 1880) y para los *cuniculi* de las tierras pontinas, Blanchere, *la Malaria de Roma y el drenaje antiguo* (*Mélanges de l'Ecole française de Rome*, legajo 1).

(5) El de Pola, de 25 metros de altura, tiene 90 en su eje mayor, y es muy elegante.

(6) VII A AVP-ΓΑΛΛΟΥ ΝΕΙΚΟ ΠΡΟΙΟΙΟ. Río recostado. Moneda de bronce.

abierto con su inteligencia, las alimenta con sus capitales. La aristocracia italiana no tenía más fuente de riqueza que la tierra, y ya hemos dicho cómo hubiera sido ruinoso hacerle producir cereales. El pueblo se alimentaba como podía de algunas cosechas miserables que podían librarse en ciertos parajes; y como el número de la población está en relación con el de las subsistencias, siendo insuficientes éstas, disminuía necesariamente aquélla. Los hechos económicos explican pues la decadencia continua de Italia, mientras al rededor de ella prosperaban las provincias.

La Grecia era aún menos afortunada. Para poblar á Nicópolis, había reunido allí Augusto á los habitantes de las ciudades vecinas, de modo que la fundación de una sola ciudad hubo de arruinar dos provincias, la Acarnania y la Etolia, que quedaron desiertas. En muchas partes no había más industria rural que la cría de caballos, indicio seguro de que la población no era rica ni numerosa. Y no es que el gobierno imperial hubiera sido duro con la Grecia: habíale asegurado una paz estable; á cambio de sus aplausos la había eximido de impuestos Nerón. Verdad es que Vespasiano juzgó que la recompensa excedía del servicio, y aprovechando la ocasión de algunos desórdenes para decir que los griegos abusaban de la libertad, volvió á someterlos á la autoridad pretoriana: Plutarco se dolía de ello aun en tiempo de Adriano. Sin embargo, dejó subsistir en la Macedonia, el Epiro, la Acaya y las islas, diez colonias, diez y seis pueblos libres, dos ciudades exentas de tributo, una ciudad romana, Estobi, cerca de la confluencia del Axios y el Erigon, y como en los días de la independencia, continuaron reuniéndose sus anfictiones en el santuario de Delfos: Olimpia conservó también sus solemnidades.

No era pues cierta dosis de libertad lo que faltaba á la Grecia, ni tampoco el orden, sino hombres.

En un pasaje de las *Historias* de Polibio, que sería oportuno meditar, investiga el prudente político las causas de la ruina de la Grecia, y no acusa, como haría un espíritu vulgar, no acusa á la fortuna ni á los dioses, sino á su pueblo.

«No hemos tenido, dice, pestes ni guerras desde hace mucho tiempo, y sin embargo, se despueblan nuestras ciudades. No culpemos á los dioses ni vayamos á consultar los oráculos; el remedio, como la causa del mal, está en nosotros. En nuestras ciudades se huye del matrimonio por libertinaje y pereza, y si de enlaces pasajeros resultan hijos, sólo se conservan uno ó dos á fin de dejarlos ricos, como lo han sido sus padres. Pero si de estos dos hijos, se lleva uno la enfermedad y otro la guerra, ¿qué vendrá á ser la casa? Así decaen nuestras ciudades (1).»

Y desgraciadamente, nosotros podríamos decir lo mismo que él: «Así se despueblan nuestros campos.» ¡Relación singular entre dos civilizaciones tan diferentes, en que la misma preocupación del bienestar ha producido los mismos efectos!

El mal señalado tres siglos antes por Polibio todavía se extendió más. Lo que era entonces cierto respecto de la Grecia, lo era también respecto de Italia. Ya hemos visto las recompensas aseguradas por Augusto á los jefes de familias numerosas: vanos esfuerzos; todo se malograba por el egoísmo de aquellos magnates, que vivían sólo para el deleite. Un vicio vergonzoso, la plaga de Oriente en todas épocas, y el crédito que aseguraba hasta con importantes personajes una fortuna libre de herederos naturales, aumentaron más y más el número de los hombres que huían de los deberes y cuidados de la paternidad. Entre aquellos

(1) Polibio XXXVII, 7.

mismos que la ley penaba, algunos eludieron la pena y usurparon las prerrogativas que reservaba para los ciudadanos útiles. Hubo, en efecto, célibes, que reclamaron un sitio de honor en el teatro en virtud del *ius trium liberorum*: de modo que la ley Julia Popea no había hecho más que poner á disposición del príncipe un privilegio más para el egoísmo y la vanidad. «Hoy, dice Plinio, sólo se alaba á las esposas estériles no queriendo ya ni un hijo único. — Se reniega de los suyos, dice también Séneca. — Se les abandona,» añade Tácito.

Estos hábitos de la aristocracia se revolvían contra ella misma, diezmada por sus vicios muy más que por la mano del verdugo. De César á Marco Aurelio, las más ilustres familias desaparecieron casi todas. Por más que César y Augusto hicieran nuevos patricios, en tiempo de Claudio no quedaba ya ninguno.

Una de las causas del poderío colonial de Inglaterra es á buen seguro su misma fecundidad. Es rica en hom-

bres, y sus numerosos hijos que crecen como la hierba espesa y apretada de los campos, se desbordan sin cesar por todas las grandes vías del mundo, sobre América, la India y la Oceanía. Así se había derramado la antigua Grecia por todas las costas del Mediterráneo, é Italia en todas las regiones del Occidente.

Pero en aquellas comarcas de que habían emigrado tantas colonias hay ahora falta de hombres, *δυσανδρία*, según la expresión de Polibio; y como el hombre es el mejor y más seguro instrumento de la fuerza productiva que había, sobre todo, en la antigüedad, en que las máquinas no lo reemplazaban, faltando él, todo faltó. «La Grecia de nuestros días, dice Plutarco, no podría poner en pie de ejército tres mil *hoplitas*.» Es el número de soldados que sólo la ciudad de Megara había armado contra los persas.

Fuera de esto, como un río que crece y se agota saliendo por mil canales de su lecho, el genio helénico se había debilitado á fuerza de extenderse, y la naturaleza, hecha ya madrastra de su pueblo favorito, no le daba ya grandes hombres, porque las circunstancias daban á los griegos una vida demasiado fácil. Ellos que en otro tiempo se complacían en seguir á los maestros del pensamiento á las altas cimas que el ideal ilumina, no se ocupaban ya más que en ir á vender ó alquilar á buen precio lo que quedaba del genio y del arte de sus mayores. Diariamente partía para Roma, de la Hélade y del Asia, algún especulador en cuadros, estatuas, educación, poesía, filosofía ó religión.

Los esclavos nacidos en la Grecia Asiática eran numerosos en la capital del imperio; pero estos hombres de carácter dócil y de dorada palabra, no permanecían en servidumbre; manumitidos muy luego, gobernaban á sus amos (4), y cuando este amo era el emperador, entonces

(2) ΗΓΕΤΟΥ Α ΜΑΞΙΜΟΥ ΑΥΓΟΥΣΤΗΟ ΤΡΑΙΑΝΗΟ. Puerta de la ciudad (Bronce).

(3) ΗΛΩΤΕΙΝΟΠΟΛΙΟΑΙΤΩΝ (Los habitantes de Plotinópolis). Minerva dando de comer á una serpiente enlazada á un árbol. Moneda de bronce.

(4) Juvenal, Sat. III, 57, 114. Este descendiente de los volscos sólo ama á los griegos. «Si huye de Roma, dice, es por sustraerse á la invasión de los de Sicione y de Andros, de Trales ó de Alabanda,

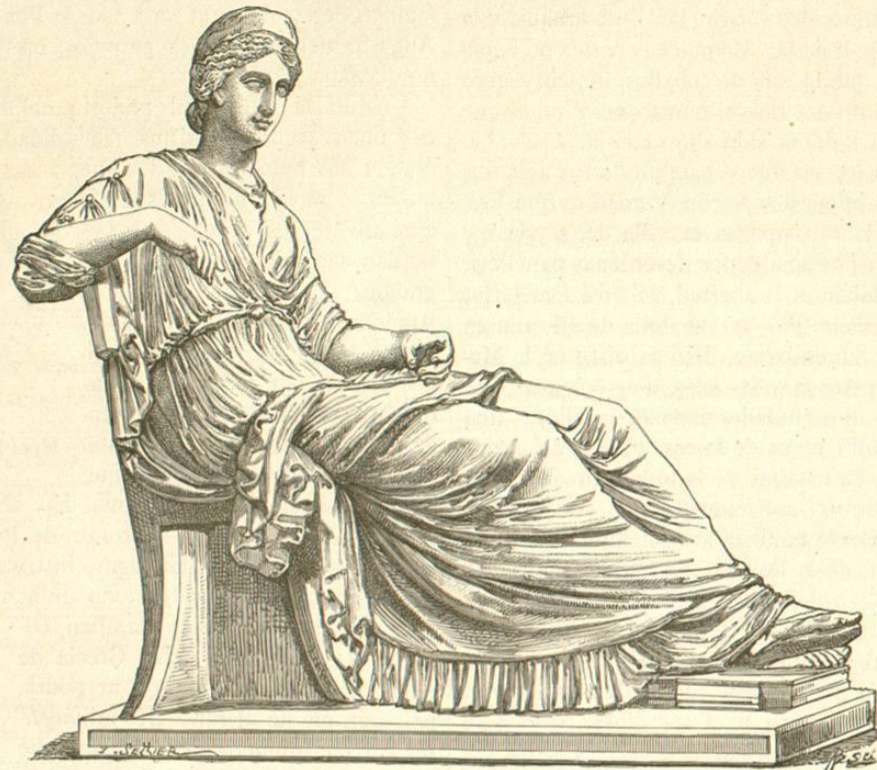


Moneda de Trajanópolis (2)



Moneda de Plotinópolis (3)

governaban el imperio (1). Así, á partir de ochenta años atrás, los habladores hábiles de nuestras provincias meridionales hacían nuestras revoluciones y nuestros ministerios. Artistas ó retóricos, médicos ó astrólogos, libertos de gran casa ó industriales inferiores, todos aquellos griegos se daban muy buena maña en explotar á los romanos halagando su vanidad nacional. Como el beduino bajo sus harapos sólo tiene desdén para nosotros, el griego no tenía en su corazón más que desdén para los espíritus groseros y para aquellas manos duras que habían encadenado á su patria. Desde Dionisio de Halicarnaso hasta Libanio, no se encuentra un griego que haya hablado de Horacio ó de Virgilio (2).



Estátua romana del Museo Torlonia (Atlas del Bull. arch. XI, p. XII)

Leónidas, pero tenía siempre sus juegos sangrientos del altar. Después de una larga indiferencia, hubo una reacción de piadoso fervor por la religión y la gloria nacional. Volvía á encontrar la antigua Grecia, así como hace cincuenta años descubrimos la Edad media; y el helenismo, eclipsado hacía tres siglos, iba á ejercer nueva influencia en las ideas del mundo. Gracias á su fama y á sus monumentos, por los cuales habían pasado ya seis siglos sin empañar su virginal esplendor, Atenas, á pesar de su pobreza (3) y

que desembarcados en Ostia con higos ó ciruelas, escalan las Esquilias y el Viminal para penetrar en las casas poderosas, cuya conquista meditan. Son de genio ardiente, de audacia sin límites y de fácil palabra. ¡El griego! Es el hombre universal; gramático, retórico, geómetra, pintor, augur, funámbulo, médico, mago... Todo lo sabe, y si se le pide, se arreglará para subir al cielo. En verdad, no era moro, ni sármata, ni tracio aquel que se atrevió á tomar alas. Atenas lo había visto nacer (Ibid. III, 69, 80).

(1) Los más famosos libertos, de que ya hemos hablado, son: Calisto, de Calígula; Narciso y Palas, de Claudio; Policleto, Doriforo y Helios, de Nerón; Icelo, de Galba; Asiático, de Vitelio, etc.

(2) Excepto Plutarco que vivió en Roma y cita una vez á Horacio (Luculo 39).

(3) Los romanos le habían dejado muchas islas y ciudades que le pagaban tributo: Orope, Aliarta, Salamina, Lemnos, Imbros, Paros, Esciros, Icos, Esciatos, Ceos, Pepareto, Delos, Cefalonia. Sin embargo, era tan pobre que en el siglo segundo de nuestra era pretendió vender á Delos (Filostrato, *Vidas de los sof.*, I, 23), y tuvo que renun-

En cambio ¡con qué ardor á orillas del Tíber, donde tantos griegos enseñaban, á las márgenes del Meles y el Iliso, repetían los claros nombres y los altos hechos de sus mayores! Perdidos en la inmensidad del imperio romano, habíanse dado á despertar los recuerdos de la patria. Como en tiempos de Aristides y Cimón, celebraban la fiesta de la Liberación en el aniversario de la batalla de Platea y los guerreros de Maratón estaban menos olvidados en su sepulcro que en los días en que Demóstenes juraba por su gloriosa muerte. En Delfos, recordaban las *soterias* á los galos, victoriosamente rechazados del templo y traspasados por las flechas de Apolo. Eleusis conservaba sus misterios, que Claudio quiso trasportar á Roma. Esparta no tenía ya

después de prolongado silencio, había venido á ser la ciudad de Minerva: había encontrado otra vez sus ruidosas escuelas y los artistas acudían á su seno en el séquito de los emperadores. Al entrar en aquel viejo santuario del genio, exclamaban los filósofos: «¡Doblemos aquí la rodilla!» Adriano acabó allí la obra de Pericles, el templo de Júpiter Olímpico; y ¿qué busca en aquella vieja tierra Pausanias, que en este momento la recorre? Las huellas de los dioses y los héroes. Olvida las miserias del presente para mostrar ese famoso pasado de que viven los herederos de Homero y de Leónidas.

Así, pues, en las posesiones europeas del imperio tres grupos, las comarcas del Norte, que se despiertan á la vida social, las provincias occidentales, que la gozan en toda su plenitud, las regiones del centro que se empobrecen, declinan y callan. Es el movimiento moderno que comienza á producirse; es la vida que cambia de lugar y se dirige al Norte como para salir al encuentro de la barbarie y darle

ciar á hacer los más pequeños gastos (A. Dumont, *Población del Atica*, en el *Journal des Savants*, dic. 1871); y en el siglo tercero, no pudo continuar la explotación de las minas del Laurión. Según la cuenta de Dumont (*Ephébie attique*) su población en tiempo de los Antoninos no pasaba de 12.000 almas. Horacio decía ya de ella, en tiempo de Augusto... *vacuas... Athenas* (*Epist.* II, 11, 81).

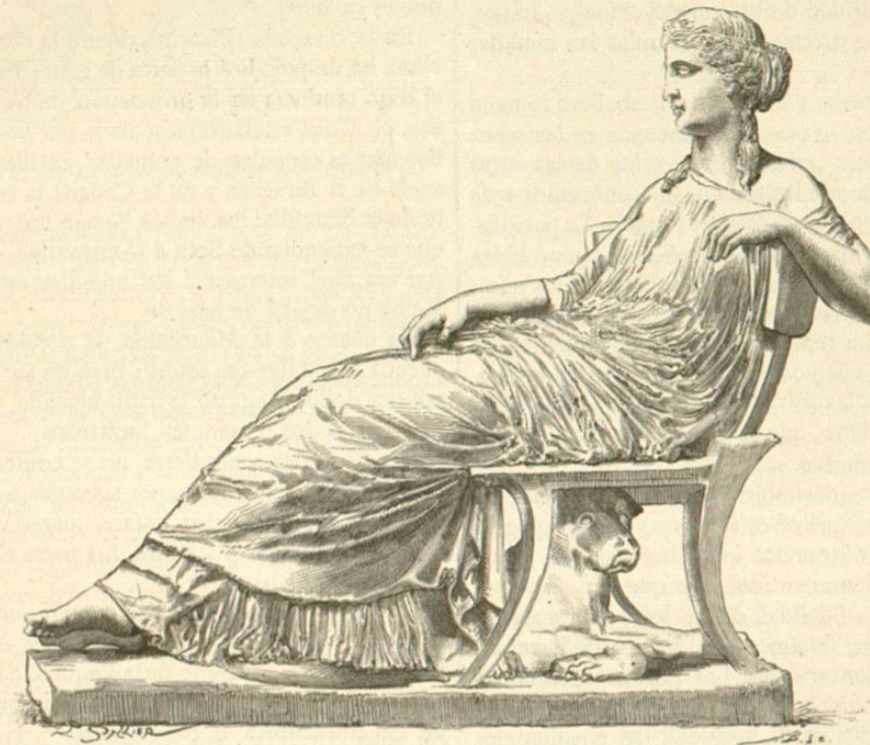
el gran combate que hará desaparecer la civilización anti-gua, hasta el día lejano en que ésta surja más poderosa y mejor de en medio de las ruinas amontonadas por los germanos.

### III. — AFRICA Y ORIENTE

A la otra parte del Mediterráneo, se extendían las seis provincias africanas: Egipto, Cirenaica, Africa propia, Numidia y las dos Mauritánias. Estas provincias formaban dos grupos distintos, separados por las pavorosas soledades de la región de las Sirtes: al Oriente la Cirenaica y el Egipto; al Occidente, el país de Cartago, de los nómadas y de los moros.

Por el territorio de Cartago habían tomado el Africa los romanos, y se establecieron allí tan fuertemente que está cubierta aún de imponentes ruinas toda la región tunecina. El Coliseo de Tisdro recuerda el de Vespasiano, é igual en dimensiones y acaso más elegante, el anfiteatro de Verona. En otro tiempo lo llenaba un pueblo inmenso y rico; hoy todos los *gurbies* de un villajo árabe reposan á su sombra. ¡Qué fuerza no tendría aquel régimen municipal que podía elevar colosales construcciones en los confines del desierto!

En el Africa propia las nuevas costumbres habían ganado las comarcas vecinas. Para activar la transformación de estos países, Augusto y sus sucesores habían fundado numerosas ciudades en las dos Mauritánias, hasta en las cos-



Estátua griega del Museo Torlonia (Ibid. XII, p. XI) (1)

tas del Océano, pero enfrente de la Bética, de donde les llegaban protección y socorros (2).

Pero este ensayo no salió bien, ó Augusto creyó ir más aprisa confiando á un jefe indígena el encargo de este gran negocio; por lo cual devolvió la Mauritania á Yuba. Este rey letrado, á quien Atenas erigió una estatua, invirtió un reinado de cincuenta años en infundir en su pueblo el gusto de las costumbres romanas, y su capital Yol ó Cesarea, hoy Cherchel, era una ciudad italiana. Este príncipe, uno de los *reges inservientes* de Tácito, valía más que un prócónsul para preparar las vías á la dominación imperial. Calígula despojó de su reino á un hijo de Yuba (40), y Claudio dividió la Mauritania en dos provincias, la *Tingitana* y la *Cesariana*, separadas por el Malva, que había de servir

(1) Encontráronse estas dos estatuas idénticas, una en el circo de Majencio, cerca de Roma, y la otra en la *villa* de los Gordianos, en la vía Prenestina. Algunos eruditos han visto en ellas, á pesar de las numerosas restauraciones de que han sido objeto, la expresión de dos artes algo diferentes, la una griega y la otra más bien romana. *Ciaruno*, dice von Duhn (*Ann. dell' Instituto di corrisp. archeol.* t. LI, p. 189), *ciascuno... potrà a colpo d'occhio ravvisare la differenza tra la forza e naturalezza greca e l'eleganza et artificiosità del lavoro romano.*

(2) Otón hizo esta acción más directa poniendo la Mauritania Tingitana bajo la jurisdicción del gobernador de la Bética. Augusto había ya ordenado que Cilis dependiera de ella: *Zilis iura Beticam petere iussa* (Plinio, *Hist. nat.* V, 1).

también de límite entre Marruecos y nuestra provincia de Orán. Desde entonces, toda el Africa setentrional formó parte del imperio.

Hacia entonces cosa de siglo y medio que la acción de Roma era preponderante en Africa; cerca de dos siglos á contar desde Escipión Emiliano; dos siglos y medio retrocediendo hasta Zama. Nada grande puede hacerse sino con el tiempo. Nosotros, los franceses, lo olvidamos con frecuencia en nuestras injustas quejas sobre la lentitud de nuestros progresos en Argelia, sin tener en cuenta que al reemplazar á Roma en aquella costa, donde por Roma trabajaron Cartago, Masinisa, Bocco y Yuba, hemos encontrado obstáculos mayores sin que nadie nos haya preparado las vías ni favorecido nuestra empresa.

Por lo demás, no sin gran resistencia sucumbió aquella nacionalidad. La historia no ha conservado la narración de todas las guerras que fué preciso emprender para sofocar las protestas contra el yugo del extranjero. Sólo conocemos las expediciones de Suetonio Paulino, que atravesó el Atlas, y de Geta, que persiguió á los moros hasta el Sahara. La sublevación de Tacfarinas hizo más ruido, gracias á Tácito. Aunque no tuviera para sí la fuerza religiosa, de que los *marabutes* disponen contra nosotros, tuvo en amago durante siete años á las tropas de Tiberio, y mereció que se asociara su nombre á los de los héroes de la independencia